This page was exported from - DocTutor
Export date: Wed Nov 11 17:30:42 2026 / +0000 GMT

Pacientes que nos traen regalos*

Antonio Papagiannis. Neumólogo (Tesalónica, Grecia)



No es raro que los médicos reciban regalos de agradecimiento. Los pacientes tienen sus formas (diversas) de expresar este agradecimiento por los servicios que les ofrecemos en el curso de sus desventuras sobre su salud. La frecuencia de ofrendas puede variar según el sistema de salud (estatal o privado), el estado y la ubicación del médico (médico de cabecera versus especialista hospitalario), el alcance y la duración de la relación médico-paciente (enfermedad aguda grave versus crónica persistente), y la tradición cultural predominante en un determinado contexto social (mi experiencia es limitada pero sugiero que los griegos pueden estar a la vanguardia, tal vez también sea habitual entre los españoles). Por lo tanto, a lo largo de los años es probable que muchos de nosotros recopilemos diversos recuerdos de personas enfermas a las que atendimos, independientemente de cual fuese el resultado final.

Dichos regalos vienen de diferentes maneras y en distintas formas. Se pueden clasificar grosso modo como consumibles o imperecederos. En la primera categoría se incluyen las botellas habituales de vino y licores destilados, el ouzo con sabor a anís y su hermano el tsipouro sin sabor siguen siendo mayoría en mi tierra (¡si tuviera que beberme todas las botellas que me han regalado, no estaría en condiciones de pasar consulta!). También hay galletas caseras, mermelada, miel y dulces orientales con cremas y repostería que en muchas ocasiones compartimos con el personal de la clínica tan pronto como aparecen. Una delicia especial entre nosotros puede ser la salchicha casera que hacen en el pueblo, o incluso un pequeño juego como el del conejo o el jabalí, que nos invitan a organizar algún acontecimiento festivo (acompañado de algunos de los vinos y licores antes mencionados).

Las "imperecederos" son diferentes y especiales. De mi serie personal, he seleccionado cinco, tanto por su carácter único como por el hecho de que son recuerdos de personas que ya no están. Ninguno de los que me hicieron esos regalos está vivos, la mayoría tenían cáncer de pulmón, pero todos viven en el ?departamento de mi memoria médica?.

En la parte superior de mi biblioteca se encuentra una miniatura de madera de un antiguo templo griego. El difunto artista, un hombre de unos ochenta años, pasaba la mayor parte de su tiempo haciendo carpintería en casa: obteniendo su materia prima, tallando y tallando las formas, ensamblando las piezas, pintando y puliendo el artículo terminado, fuera lo que fuese. Tenía una amplia gama de temas y trabajó con su corazón hasta sus últimos días.

Mi guardarropa incluye un chaleco de lana rojo que recibí hace muchos años de una mujer de 58 años, una tejedora profesional. Me lo trajo en una de sus visitas para quimioterapia ("Hice uno para ti y otro para el profesor. Hay uno azul y otro rojo, así que puedes elegir los colores"). Todavía lo uso cuando comienza la temporada de frío.
Luego está el icono bizantino tradicional de San Antonio, pintado a mano en madera curada con un halo de oro, que se encuentra en la repisa de la chimenea de mi sala de estar. El paciente que me lo dio, solo tenía 43 años cuando me lo regaló, murió poco después

This page was exported from - DocTutor
Export date: Wed Nov 11 17:30:42 2026 / +0000 GMT

de una manera trágica. Su tumor de células pequeñas había erosionado la vena cava superior, que se rompió de repente, lo que provocó una hemorragia mortal en cuestión de minutos.

Una rara edición del Dictionnaire Grec-Francais (publicado en 1894) me recuerda a una erudita de 54 años, de ascendencia extranjera, casada en Grecia, a quien tuve el privilegio de asistir en casa durante los últimos días de su enfermedad. El diccionario (un voluminoso tomo de 2.200 páginas) abarca el antiguo idioma griego, desde Homero hasta los Evangelios.

Ya más recientemente, atendí a un profesor de matemáticas anciano que ingresó con un gran derrame pleural maligno y múltiples lesiones hepáticas. Ya había vivido con un cáncer de crecimiento lento durante seis años, y ahora se aproximaba ya el final. Yo solo le hice un par de derivaciones en el pecho para aliviar los síntomas antes de que falleciera, unos días después. En ese ínterin, el me ofreció una nueva copia de su libro de texto en tres volúmenes sobre teoría estadística con una dedicatoria autografiada en la guarda.

Para esta extraña colección debo agregar otro par de libros bastante raros. Sus autores, un hombre judío y una mujer griega, no eran distinguidos académicos, sino personas normales. Su vínculo común era un siniestro número tatuado en sus antebrazos: ambos habían sido reclusos en el campo de exterminio de Auschwitz, y afortunados de haber podido regresar a su lugar de nacimiento vivos, mi ciudad natal. Los libros son relatos en primera persona de sus experiencias de pesadilla. Había visitado Auschwitz como estudiante hacía muchos años; conocer a los supervivientes de ese lugar infame me trajo a la memoria toda esa experiencia con sentimientos de venganza.

Tales regalos inesperados siempre son emotivos. Estos pacientes pagan sus honorarios regularmente, y esta es su forma de añadir algo extra, de su propia iniciativa, cada uno de ellos de una manera única, sencilla o a veces más sofisticada. No exigen favores especiales ni trato privilegiado; solo dan desde su corazón. Por lo general, no ofrecen ninguna explicación: el altruismo del acto habla por si mismo más fuerte que cualquier palabra. Son comportamientos como estos los que me hacen olvidar las injusticias del sistema, las pequeñas y grandes tragedias que encuentro a diario en la práctica de la medicina, y me ayudan a seguir adelante.

¿Cómo llegué a escribir sobre regalos? La idea se me ocurrió unos días antes de Navidad, cuando recibí una visita no programada de una señora mayor a la que había estado viendo durante algunos años. No tenía nuevas quejas médicas, y estaba afrontando adecuadamente su grave enfermedad obstructiva. Ella vivía fuera de la ciudad y condujo con mal tiempo durante una hora para venir a verme. ¿Con qué propósito? Para traerme una gran granada de su jardín ("para que te dé buena suerte y prosperidad"), un jarrón de mermelada de frambuesa hecha por ella misma, y una pequeña botella de licor, también preparado con sus buenas manos. "¡Sólo para desearle una muy feliz Navidad!", dijo, mientras ponía en mi escritorio su versión personal de oro, incienso y mirra.

(*) Artículo originalmente publicado en inglés bajo el título ?Patients bearing gifts?, en Hektoen International.
Accesible: http://hekint.org/2017/01/27/patients-bearing-gifts/